

El noble arte de hacer pan [12-03-16]

Agustín Nicolas Molina

Image not found.

Capítulo 1

Por un camino de tierra que discurría entre unos montes se observaba un cuerpo que avanzaba vacilante. El polvo del camino distorsionaba la vista, aun así se distinguía la figura de un hombre adulto.

Quien venía era Ramón. Su aspecto era penoso, llevaba el poncho rasgado y se lo veía famélico. Una serie de trapos protegían su cabeza del sol, envolviéndola casi por completo. A simple vista se observaba el esfuerzo que éste realizaba para dar un simple paso, para no caer al borde del camino y perecer ahí.

La deshidratación y el hambre lo habían dejado al borde de sus fuerzas. Normal, con cuatro días caminando si nada para comer, bebiendo eventualmente de algún afluyente y cargando el abrumador peso de los rayos solares sobre la espalda cualquiera desfallece.

Pero Ramón tenía conciencia de que un pueblo se encontraba cerca. Y un pueblo significaba para él posibilidades de vivir.

Continuó caminando hasta que divisó a una mujer algo entrada en años, más allá de una pequeña elevación. Cargaba sobre sus hombros un gran saco de arpillera. Tenía el rostro congestionado, y el sudor empapaba no solo su cara, sino también su espalda. Ramón apretó el paso, quizás ella supiera donde se encontraba el pueblo.

-Buenos días, mi nombre es Ramón –dijo vacilante. Llevaba demasiado tiempo sin hablar con nadie, tanto que le costaba modular correctamente–. Me preguntaba dónde se encuentra el pueblo más cercano.

-Hola –dijo ella-. Precisamente me dirijo al pueblo, podemos caminar juntos.

Una sonrisa afloró en los labios de Ramón. Se sintió raro, ya casi no recordaba lo que era sonreír. Decidió que sería una buena idea recorrer el camino restante con aquella mujer.

-Por cierto, mi nombre es María Carmen –dijo ella.

Caminaron durante lo que a Ramón le pareció un minuto, aunque un simple vistazo por sobre el hombre sirvió para comprender que fue más de un minuto. Hablaron poco, pues él no quería confesarle muchas cosas. Había llevado una vida errante, en la cual había tenido que hacer muchas cosas para sobrevivir, y aún que de ninguna se arrepentía, no se las

contaba a cualquiera.

Miró a aquella ajetreada mujer. Observó el saco que cargaba, y supuso que debía de ser muy pesado.

-¿Quieres que te ayude con eso? –dijo Ramón al tiempo que señalaba el saco con el dedo. Sería una buena muestra de gratitud hacia quien había tenido la amabilidad de acompañarlo durante parte de su trayecto.

-Sí, por supuesto. En verdad, esto es muy pesado y ya no tengo tanta energía como antes.

Ramón se acercó a ella, y flexionó las rodillas para quedar bajo el nivel de sus hombros. María empujó la parte superior del saco, que quedó apoyada en la cabeza de él. Un fino polvo blanco cayó al suelo, escapando del interior del saco por pequeñas ranuras entre los hilos que lo componían. Finalmente el saco quedó sobre los hombros de Ramón.

Continuaron su camino y, al poco tiempo, las primeras casas del pueblo comenzaron a hacerse presentes. Eran pequeñas edificaciones de piedra y madera. La calle principal era una extensión del camino, el cual continuaba hasta perderse en el horizonte.

Los pocos transeúntes fijaban la vista en Ramón con desconfianza tras saludar cordialmente a María. En un pueblo tan pequeño como aquel, siempre se desconfiaba de los forasteros.

Torcieron a la izquierda en la segunda calle transversal. Aunque siendo objetivo, llamar a aquella calle era demasiado. Poseía el ancho de una vereda, y conducía hasta el umbral de no más de 7 casas. En una de esas vivía María.

Ramón depositó el saco en el suelo, junto a los pies de María, cuando esta se detuvo frente a la última casa.

-Bien, pues esta es mi casa. Es aquí donde nos separamos. –Su voz no expresaba emoción alguna, pero en su cara había perdido parte de su color rojo, producto del esfuerzo. Para Ramón era más que suficiente.

Respondió con un asentimiento, como era habitual en él.

-Una última cosa. ¿Hay alguna posada en este pueblo? –Metió la mano bajo el poncho, buscando la pequeña bolsita de cuero que llevaba consigo.- Necesito comprar algunas provisiones para el camino; pan, queso y esas cosas. –Su rostro se ensombreció al palpar la bolsa. La descolgó apresuradamente, y vació su contenido en su mano. Solo

cayeron 4 monedas.

María miró el dinero con una mueca que estaba a medio camino entre la perplejidad y la pena.

-No vas a poder comprar mucho con eso. –Ramón lo sabía, pero no tenía más dinero.- Te propongo un trato –dijo repentinamente.- Este saco contiene harina, y con ella planeo hacer el pan para la semana. Si me ayudas, te doy dos barras de pan y un trozo de queso, ¿qué dices?

Ramón no podía creer aquello. ¿Acaso le estaba preguntando si accedía? ¡Claro que lo haría! Era una noticia estupenda, obtendría comida sin perder su escaso dinero.

No pudo hacer más que sonreír y asentir.

-Pues, vamos, adelante.

Se encontraban en un extenso patio, a la sombra de un gran haya. Dos grandes recipientes de madera descansaban sobre una larga mesa. Ramón se encontraba frente a estos, con un aspecto renovado y fresco, puesto que pudo quitarse la roña y el polvo del camino con agua fresca.

Sus ojos observaban vivaces cómo María transportaba en baldes el agua para amasar. No cayó en la cuenta de que él también debería hacerlo hasta que María alzó la mirada hacia él cuando dejó el balde en el suelo.

-Oh, lo siento. ¿De dónde traigo más? –dijo mientras, apresuradamente, recorría el patio en busca de otro balde.

-¿Ves aquel surtidor, el que está tras los barriles? De ahí. Creo haber visto otro de estos dentro de uno de los barriles –María asió nuevamente el balde y siguió su camino.

Ramón se apresuró a cumplir con su cometido. Pocos minutos después se encontraba, jadeante, junto a María, contemplando las fuentes de madera.

-¿Alguna vez has amasado? –preguntó María sin siquiera mirarlo. Su expresión era seria, como si estuviese analizando mentalmente los procedimientos que deberían seguir.

-Sí, una o dos veces. Pero fue hace bastante tiempo. No recuerdo con certeza cómo hacerlo pero no debe ser tan difícil, ¿cierto?

-Amasar es un arte, Ramón. Cualquiera puede hacerlo, pero no cualquiera

lo hace bien. Esto lleva tiempo, cada cosa debe hacerse a su manera.

-Bueno, tú estás aquí, sé mi maestra. Ayúdame, enséñame, muéstrame tu arte –dijo con una sonrisa.

-Esto no es algo que yo pueda enseñarte, Ramón –dijo risueña-. Tú debes aprenderlo por tu cuenta. Cada quien tiene su forma de hacerlo, y la mía no es la única. La manera en que lo haces depende mucho de ti, de tus condiciones. Pero bien, comencemos. Haz el favor de subirla a la mesa –dijo señalando un sacó de harina-. Aquí, sí, aquí. –Con una tijera, abrió la parte superior del saco-. Debemos echar la mitad en cada una de las fuentes.

Ramón vertió la harina en una de las fuentes, cuidando de no derramar nada fuera de ella. Luego, hizo lo propio con la restante.

-Deja eso por allí –dijo María-, voy a utilizarlo luego. Mira, esparce la harina por la fuente, debe quedar así. Hazle un hueco en el centro, de modo que quede como un cuenco. Aquí vamos a echarle el agua.

Ramón escuchaba y observaba atentamente, y cumplía con lo que María le pedía. Se había propuesto a sí mismo que aprendería el arte de amasar, quería hacerlo. Nunca se había detenido a pensar en lo útil que resultaba poder hacer pan por su propia cuenta. Durante sus viajes, siempre que contaba con la oportunidad, compraba pan, pero nunca se lo había hecho él mismo.

-¿Qué harina utilizas? –preguntó Ramón mientras veía a María medir con una jarra la cantidad de agua que utilizarían.

-Es harina de trigo –respondió ella despreocupadamente-. Pero cualquier harina sirve, si es eso lo que quieres saber. De trigo, de maíz, de cebada, de centeno, e incluso he escuchado hablar que los nativos de estas tierras usaban una harina hecha con los frutos del algarrobo.

-¿Cómo es eso? ¿La sacaban de esa vainita que les crece?

-Sí, la molían. –María había vaciado dos jarras de agua en los pequeños huecos. Sendas islas de agua se encontraban ahora en aquellos mares de harina de trigo, esperando convertirse en masa-. Arremángate la camisa. Debes usar ambos brazos, así que el otro puño también. Lleva la harina hacia el centro, de esta manera. Eso es, así. Ya ira tomando consistencia. Sigue, sigue. Utiliza las palmas.

A medida que el agua remojaba la harina, la mezcla se tornaba más densa y requería un mayor esfuerzo por su parte. Vio como a María la tarea le resultaba más fácil. Sus brazos estaban tonificados y fortalecidos por el

hábito, después de todo, ella hacía esto con frecuencia.

-Creo que a esto le hace falta agua –comentó Ramón observando su masa.

-No –respondió María, tajante-, la medida es la que uso siempre. Además, la mía está bien, mira, mira. Sigue, eso necesita más trabajo. Tu sigue y veras. ¡Vamos, hombre, ponle ganas! Así.

Y fueron diez fatídicos minutos en los cuales Ramón sobaba la masa con firmeza, extendiendo sus brazos para que esta quede al punto. Cuando terminó, María salía del interior de su casa con dos grandes mantas de lana. No la había visto entrar. Había estado tan concentrado en su tarea que no recordaba en qué momento ella había cesado de darle indicaciones.

-Yo creo que eso ya está –dijo cuando llegó a su lado-. Ahora vamos a dejarla leudar. Tápala con esto, toma. Vamos a tomarnos un descanso –ella lo miraba sonriente-, creo que lo necesitas. –Vamos, voy a preparar algo para comer. Ah, una cosa más, ¿podrías encender el fuego en el horno?

-Claro, ¿por qué no?

-Toma –dijo María, extendiéndole una barra de hierro del tamaño de un puño-, junto al horno encontraras yesca y las piedras. La leña está apilada allí.

Ramón asintió y se dirigió al otro lado del patio, donde estaba la leña. No recordaba el hambre que tenía hasta que María menciono la comida. Su mente lo había dejado de lado para concentrarse en amasar, y su estómago no se había molestado en recordárselo.

Tomó varios troncos y rumbeó hacia el horno. Colocó los troncos, dejando un espacio entre todos ellos y puso un poco de yesca ahí. Luego de algunos intentos, una chispa logró encender la llama. Minutos después, el interior del horno era lamido por largas lenguas de fuego.

Ramón observaba el fuego y se preguntaba cuanto más sería necesario para calentarlo al punto justo. Decidió que echaría más leña, que alimentaría más el fuego. Una vez el horno quedó abarrotado pensó que era suficiente y se marchó, deseoso de probar lo qué había preparado María.

Se encontraban en una sala mal iluminada, repleta de viejos muebles cubiertos de polvo y cuadros torcidos en la pared. Estaban sentados frente

a frente, separados por una desvencijada mesa.

-Hacía ya bastante que no tomaba té.

-¿Sí? –María parecía sorprendida, quizás le pareciese extraño que alguien no tome té con frecuencia, acostumbrada ella a beberlo a diario-. Tomarlo me calma, me relaja, me ayuda a continuar con mi día. Ya sabes, es un respiro que me doy en mis tareas cotidianas.

-Eso es algo que tampoco tengo hace mucho, tareas cotidianas. Bueno, aún que creo que caminar es una.

-¿Has viajado mucho, Ramón?

-Sí, la mayor parte de mi vida. Nunca he echado raíces en ninguna parte. No hay nada que me motive a quedarme en algún sitio. Mi hogar es el camino.

-Debe haber sido maravilloso ver el mundo, conocer lugares extraños, su gente, su cultura. Cuéntame, ¿cómo eran esos lugares?

-No muy diferentes a este, a decir verdad. La gran mayoría de los asentamientos apostados a los lados del camino son parecidos; algunas casa, poca gente, y mucha menos suerte. Pero he visto ciudades increíbles a cientos de kilómetros de aquí. Pero tampoco me atraían. La gente de la ciudad lleva un estilo de vida un tanto... diferente. No suelo encajar en muchos lugares, y donde lo hago, no es un lugar.

-¿A qué te refieres? Digo, yo llevo una buena vida aquí, cierto. Esto es un lugar, este es mi lugar. Creo que no me sentiría como en casa en otro lugar que no fuese éste pueblo.

-Me refiero a que los lugares son también quienes los habitan. Éste pueblo no sería igual sin su gente. Pero un pueblo también puede ser gente dispersa que se reúne o reencuentra ocasionalmente. Mi hogar son las personas que amo, aún que no siempre estén conmigo.

-Vaya, nunca lo había pensado de esa manera. Supongo que tiene razón. Éste lugar no sería lo mismo sin Armando, el zapatero; o sin Jaime, el mentecato.

-Este lugar tampoco sería lo mismo sin ti. Cada quien contribuye a que un lugar sea especial. Incluso la gente mala le da cierto aire diferente.

-Hace un momento mencionaste que tu hogar es la gente que amas, ¿Quiénes son, quiénes son tu hogar?

-Viajeros, como yo. Personas que viven errando por el mundo. Es raro que todos coincidamos en un mismo punto, pero siempre te encuentras a alguno; viajas junto a él o ella, compartes tus cosas y ellos comparten las tuyas. María, la gente como yo lleva una vida difícil, y siempre es bueno ayudarnos entre nosotros. Nadie más lo hace. Tú eres la primera persona en años que me ofrece algo en un pueblo, aún que solo sean un poco de pan y queso.

-Bueno, tú me ayudaste a mí. Generalmente tardo mucho más en amasar todo el pan. A mí tampoco nadie me ofrece ayuda, y tú lo hiciste en el camino, cuando veníamos hacia aquí, lo mínimo que podía hacer por ti era recompensarte.

-Me agrada que fueses tu a quién crucé en el camino. La gran mayoría se limita a indicarte hacia dónde debes ir y se alejan. Tú accediste a acompañarme, aún sin conocerme.

-Y es que no veía nada malo en ti, no pensé que fueses alguien con malas intenciones. Y no me equivoqué. Pero dime, ¿por qué nadie te ayuda? En tus viajes, digo.

-¿Te fijaste en cómo me miraban cuando llegué? En los pueblos pequeños, la gente desconfía de la gente que no conoce. Y en las grandes ciudades, se desconfía hasta de quienes se conoce. Yo solo paso por los pueblos, nunca me quedo más de un día. Nadie consigue conocerme lo suficiente como para confiar en mí. Logro comprar víveres solo porque muestro mi dinero antes de pedir lo que necesito.

-Oye, lamento interrumpirte, pero creo que ya es momento de que hagamos los bollos –dijo María, al tiempo que se levantaba.

-Está bien, vamos.

Salieron de la casa, con María abriendo la marcha. Una vez en el patio, quitaron las frazadas de las fuentes y descubrieron que el pan había leudado correctamente. Ahora tenían dos grandes bolas de masa, listas para meter al horno.

-Vaya, vaya, esto está muy bien –dijo mirando las fuentes. Miró a Ramón y sonrió-. Debemos hacer bollos de éste tamaño –colocó sus manos formando una bola, de no más de diez centímetros-, en el horno se inflaran aún más.

Trabajaron en silencio durante algunos momentos. Ramón observaba no solo la forma en que María lo hacía, sino también a ella.

-¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? –preguntó. No sabía si lo hacía para disipar la incomodidad que le producía el silencio o solo para volver a

entablar conversación con ella.

-Toda mi vida. Ésta casa perteneció a mis padres, y luego de que fallecieron pasó a ser mía. En esta casa nací, crecí y vi morir a mis padres.

-Y a pesar de eso, sigues aquí –Ramón tenía una expresión profundamente confundida-, ¿por qué?

-Sigo aquí precisamente por eso. Es aquí donde siento que mis padres aún están conmigo, donde creo no estar sola.

Mientras hablaban, los bollos fueron aumentando y la cantidad de masa, decreciendo. Ya casi no les quedaba cuando María comenzó a ubicar los bollos en una gran lata tiznada.

-Ramón, ¿podrías meterla en el horno? –Dijo María, refiriéndose a la lata.

Se dirigió al horno, lata en mano, y abrió la tapa del mismo. Una ola de calor azotó su cara al instante. Con el interior bien caldeado, el pan no tardaría mucho en estar, y Ramón ya quería probar bocado. Retiro hacia los bordes las brasas del interior, formando dos grandes bultos.

Mientras iba de regreso, vio a María entrando en la casa. La siguió.

Volvía a encontrarse en la misma sala de antes, y se sentó en la misma silla. María no estaba ahí, solo él. Se quedó largo rato, sentado, mirando, pensando. Pudo ver que algunos de los cuadros a los que anteriormente no había prestado atención eran retratos de los padres de ella. Era raro verlo, pero más raro aún era cómo se sentía.

María no se desprendía del recuerdo de sus difuntos padres, mientras él ni siquiera extrañaba a los suyos. Hacía ya varios años que no los veía, y tampoco tenía intención de verlos por lo pronto. Se había acostumbrado a prescindir tanto de la compañía ajena que ya no le importaba ni la de sus padres. Era extraño. Todo era extraño. Inclusive estar en casa de una desconocida, esperándola, y esperando el momento de sacar el pan del horno. Por eso estaba allí, por el pan que estaba en el horno.

María entró en la habitación, y se sorprendió de verlo ahí. Tenía los ojos rojos y húmedos, pero enseguida se los secó con el dorso de la mano.

-Vaya, pensé que estarías fuera –dijo entonces.

-Te vi entrar y bueno, entré yo también. No sé cuánto tiempo deben permanecer los panes dentro.

-No demasiado. ¿Cuánto tiempo pasó desde que los metiste? ¿Diez, quince minutos? –María seguía secando sus ojos, y no miraba a Ramón directamente.

-Sí, más o menos. –no sabía cómo actuar. Quizás ella necesitase un abrazo o una palabra de consuelo, pero Ramón no sabía qué debería hacer, o qué decir. Vamos, que ni siquiera sabía por qué lloraba-. Creo que iré a ver.

-Está bien, ve.

Salió apresuradamente, sin saber si lo que hizo estuvo bien o mal, pero se detuvo nada más llegar a la puerta. Una columna de humo negro se elevaba hacia el cielo desde la puerta del horno.

-María, María, ven rápido –gritaba al tiempo que corría-. ¡Maldita sea, el pan se quema!

María apareció corriendo, con la cara contraída por el pánico.

-Sácalo, sácalo –decía.

Ramón abrió la puerta del horno con las manos, sin importarle que esta estuviese caliente. De inmediato sintió como su piel se pegaba al metal, pero logro separarla una vez abierta la puerta. El humo comenzó a cubrir todo a su alrededor, y ambos se alejaron tosiendo.

-¿Cómo pudo pasar esto? –Se lamentaba María-. No lo entiendo.

-Quizás lo dejamos demasiado tiempo –sugirió Ramón, aún que algo le decía que ese no era el verdadero motivo.

-No, no, no. –María se tomaba la cabeza con las manos-. No fue eso, suelo dejarlos más tiempo.

Una vez se hubo disipado el humo, María sacó la lata utilizando una manta para protegerse del calor. La llevó hasta la mesa, donde la dejó para contemplarla con el ceño fruncido. Tomó, aún sin soltar la frazada, uno de los ennegrecidos bollos y lo partió. Tardó un poco en separarse del todo, pues aún conservaba en el interior la consistencia chiclosa propia de la masa cruda.

-Esto no puede ser cierto –parecía decepcionada, como si hubiese esperado poder rescatar al menos el interior de los panes-. Ya nada de esto sirve ya. Era el pan para toda la semana. No tengo tiempo ni dinero para comprar más harina. ¡Mierda, qué voy a hacer!

-Esto... mira, quizás haya sido culpa mía –Ramón vacilaba al hablar. Lo había arruinado todo.

-¿Quizás? ¡¿Quizás?! Claro que es culpa tuya, Ramón. No recuerdo haber hecho nada fuera de lo común. ¡Diablos, quién me manda a pedirte que me ayudes!

-Oye, lo siento, no fue mi intención –se sentía mal, completamente abrumado. Él no quería que esto sucediese.

-Ahora entiendo por qué nunca te quedas en ningún sitio; porque lo arruinas. Por eso nadie confía en ti.

-Espera, ¿qué dices? Cálmate, que yo no tengo la culpa. Bueno, sí, es mi culpa. Pero no lo hice adrede.

-¿Sabes una cosa? Quiero que te largues. –María tenía el rostro desencajado de la ira, y Ramón lo comprendía perfectamente.

-Está bien, me iré. Y no hace falta que me acompañes, sé por dónde salir.

Así se fue, enojado con María por las cosas que dijo, pero por sobre todo enojado consigo mismo. No podía creer que había arruinado una oportunidad tan buena de conseguir algo para comer. No le interesaba lo que ella pensase de él después de todo lo que pasó, solo le importaba que durante los próximos días volvería a sentir el inmenso vacío en el estómago causado por el hambre. Pero ya había vivido mucho tiempo con él como para que algunos días más hicieran mella en él. Solo esperaba poder cazar algo en el camino.